

Hans-Jörg Neuschäfer

Hispanística: pasado y presente de una disciplina con futuro o contra las sempiternas lamentaciones

Hans-Ulrich Gumbrecht constató, durante su charla inaugural del Congreso de los Hispanistas Alemanes en Ratisbona, en marzo de 2003, una cierta euforia en el gremio (debida al creciente interés de los estudiantes), pero no sin advertir, al mismo tiempo, que nuestra disciplina le parece amenazada por una pérdida de identidad, sobre todo si se pone a disposición “de los canales de comunicación del mercado globalizado”. Sospecha (con razón) que la hispanística alemana ha abandonado (o arrancado) sus raíces románticas y cree (con menos fundamento) que ya nunca ha alcanzado el prestigio internacional de su época dorada. Esta época la sitúa Gumbrecht en los años veinte y treinta del siglo pasado, con figuras como Vossler y Spitzer, en Alemania; Sánchez Albornoz, Menéndez Pidal y Américo Castro en España.

Tengo que confesar que esa construcción à la “*grandeur et décadence des Romains*” no coincide o no coincide del todo con mi experiencia personal. Por lo tanto me permito comenzar este ensayo con mi propia memoria.

I

Comienzo con una tesis que, como toda tesis, simplifica un poco. Afirmino, pues, que no se puede hablar en Alemania de una hispanística verdaderamente establecida hasta bien entrada la década de

1980. Y esto a pesar de que en el Romanticismo alemán se habían puesto bases que prometían un desarrollo brillante de los estudios hispánicos y a pesar de que, al final de esa época, se había fundado algo tan bello como la romanística que, potencialmente, hubiera podido ser el modelo de una ciencia literaria comparatista y transnacional. Pero, en lo sucesivo, los estudios hispánicos ya no fueron más que una materia secundaria para los estudiantes y un interesante *hobby* para los profesores. ¿Por qué? Pues porque desde finales del siglo XIX se ha ido estrechando el horizonte de la *Romanistik*, que se fue convirtiendo poco a poco en filología francesa, para la que las otras culturas románicas ya no tenían más que un interés subsidiario. La razón de este estrechamiento era, por un lado, el propio esplendor de la cultura francesa, que, en el siglo XIX, era modélica para *todos* los países europeos, y por otro lado, a partir de 1870, la creciente rivalidad entre Alemania y Francia, que centraba aún más en el país vecino el interés de la gente culta, algunas veces también en forma de un amor-odio bastante pronunciado. A esto se le añadieron, después de 1945, todavía otros factores de los que hablaré más adelante.

Como testigo de esa fijación francista presento a Victor Klemperer. Él no solamente nos ha mostrado, en su famoso diario del 33 al 45, lo que vio y padeció un profesor judío en la vida cotidiana de la época nazi; también nos ha dejado, en los diarios anteriores, un sin fin de observaciones sobre el devenir de la romanística en el tiempo entre las dos guerras mundiales. Lo que más llama la atención en estas anotaciones es su deseo de ‘asimilación’ y su anhelo de conseguir una cátedra mejor que la de Dresde que, por ser cátedra de universidad técnica, le parecía de menos categoría. Es comprensible que, para alcanzar esas metas, se haya sometido de

una manera especialmente escrupulosa a las normas reinantes en la política universitaria de entonces. Y estas normas, por lo menos para un adepto de la ‘Ciencia Literaria’, exigían sobre todo ser competente en lo referente a Francia y supeditar a ello todo lo demás. Por consiguiente, Klemperer no solamente no hablaba ni leía siquiera el español, sino que consideraba los estudios hispánicos como una ocupación indigna de formar parte de la enseñanza universitaria.

Esta afirmación se encuentra en el diario de 1926, donde Klemperer reseña, a lo largo de unas 80 páginas, el único viaje que hizo con su mujer a España, y donde están descritos sus trágico-cómicos intentos de acercarse a su cultura. El viaje debería durar tres meses, pero Klemperer lo dio por terminado después de dos. Fue emprendido ya con poca gana, pues ir a España significaba para él interrumpir el trabajo en su historia de la literatura francesa moderna, lo único que realmente le importaba. Aunque luego atraviesa gran parte de España desde Málaga hasta Barcelona, parándose en las capitales más importantes, se limita siempre a la visita de monumentos y museos sin buscar contacto con colegas, autores y demás nativos. Cada vez que comienza una nueva etapa del viaje, celebra la disminución de recortes en su kilométrico de la RENFE como celebra el condenado la disminución de los días que le quedan por cumplir en la cárcel. Toda la repugnancia anímica que le ocasiona esta empresa se resume finalmente en un síntoma físico: el asco hacia el aceite de oliva, un detalle que, desde el punto de vista de hoy, donde tanto se celebran en todas partes las maravillas de la ‘dieta mediterránea’, resulta especialmente curioso. Cuando los Klemperer, por fin, llegan a Génova, donde en 1926 reinaba ya el fascismo, Victor saluda esta llegada en su diario como si hubiese escapado de una especie

de calvario que él mismo llama “unseren spanischen Leidensweg”. Y piénsese que las palabras que reproduzco a continuación, las escribe el mismo autor que pocos años después iba a conocer el fascismo en su versión más perversa y que tan valientemente iba a conjurar en su diario un calvario de dimensiones realmente dantescas (incluida la destrucción de Dresde por el bombardeo aliado):

Una civilización tan preclara no la encontré en España en ninguna parte. Aquí, en Italia, sigue vivo el Renacimiento, aquí se le encuentra libre de cualquier mezcla africana [...]. ¿Que aquí reina el fascismo? ¡Y qué importa eso! Italia es un país de cultura, es la cuna de la cultura europea [...]. España, en cambio, poco tiene que ver con Europa. [...] Y, además, aquí no apesta a aceite (Klemperer 1996: II, 267; en mi traducción).

Frases como estas no dejan de ilustrarnos acerca de la imagen de España en la romanística alemana, y esto no solamente en los años veinte, sino hasta la década de los setenta, o sea, casi hasta el presente. Pues sólo en teoría –en la práctica solamente en la lingüística y en el medievalismo– era el concepto de la *Romanistik* un concepto comparatista. Para la edad moderna, sin embargo, se centraba unilateralmente en Francia. En segundo lugar, pero ya con bastante distancia, estaba Italia hasta la época del Renacimiento, y muy por detrás de Italia, España, con el único ‘mérito’ de un Siglo de Oro, que durante la corta época del Romanticismo alemán había gozado de mucho prestigio. Pero la literatura española e hispanoamericana escrita a partir del siglo XVIII ya no se tenía en cuenta. Parecía como si el mundo hispánico se hubiese acabado con el barroco.

La laguna que dejaba, en las universidades, la falta de interés por la cultura hispánica moderna, la llenaban entonces las

escuelas de comercio y los institutos de intérpretes, que iban proporcionando, a su vez, otra imagen unilateral de España y de Hispanoamérica. Lo que allí se enseñaba era pura *Landeskunde*, o sea un saber positivista que no ahondaba ni en la cultura ni en la historia y que estaba orientado únicamente a servir intereses comerciales. Esto, a su vez, aumentaba aún más el desprecio de los universitarios y llevaba, incluso a gente como Klemperer, a considerar la hispanística como una ciencia para *Ladenschwengel* (dependientes de pequeño comercio; la expresión es del propio Klemperer). No es de extrañar, pues, que ese *Ladenschwengel-Verdacht* (que no solamente era el recelo de Klemperer) llevara a la hispanística alemana a un fuera de juego del que tardaría en salir. Además, precisamente las autoridades nazis habían reforzado aún el aspecto político-económico de los estudios hispánicos y latinoamericanos, con lo que contribuyeron aún más a su desprestigio.

Es significativo que los trabajos hispanistas de Fritz Schalk, por ejemplo, quizá el más destacado entre los estudiosos de la literatura española del Siglo de Oro en la generación de mis maestros, jamás —que yo sepa— se hayan traducido al español. Por otro lado, Hugo Friedrich, que pertenecía a la misma generación, y que sí concedió en su libro más conocido (y por fin también traducido al español), *La estructura de la lírica moderna*, cierta importancia a la lírica española moderna, la de la generación del 27, lo hizo de manera que se limitaba a considerar tan sólo aquellos aspectos que eran como un eco tardío de la lírica francesa de Baudelaire a Mallarmé. Habría que esperar hasta 1973 para ver traducido, en la editorial Gredos, el libro de Gustav Siebenmann sobre la misma época, que, bajo el título *Los estilos poéticos en España desde 1900*, estudiaba también *otras* facetas de la generación del

27. Ya con anterioridad, en 1963, había roto Hans Hinterhäuser, como solitario precursor, el aislamiento de los estudios hispánicos alemanes con la publicación, en Gredos también, de otro trabajo sobre un tema moderno: *Los 'Episodios nacionales' de Benito Pérez Galdós*.

Hay que señalar que todavía en mis años de estudiante en Heidelberg (1954-1958) había una oferta mínima en los estudios hispánicos por parte del profesorado alemán: en cuatro años, solamente un seminario sobre Cervantes (impartido por otro conocido romanista que, por cierto, no sabía español); ni una sola lección magistral y absolutamente nada sobre Latinoamérica. Y eso que teníamos oportunidades: lectores españoles de lujo, que se iban sucediendo uno tras otro: Antonio de Zubiaurre, Gonzalo Sobejano, Fernando Díaz Plaja y Emilio Lledó. Éramos muy pocos los que seguíamos, voluntariamente, sus clases; prácticamente los lectores no tenían qué hacer, y por ello disponían de tiempo para preparar sus futuras carreras. Para nosotros, los estudiantes, era necesario cumplir con el estricto plan de estudios franceses si queríamos hacer el examen del estado.

Todo esto estaba relacionado también, en los años cincuenta, con la situación política de posguerra. La cotización de la cultura francesa estaba en alza porque Francia supo, enseguida, explotar al máximo el prestigio de su cultura republicana y el mito (ahora ya bastante caduco) de la *Résistance*, mientras que España, con su régimen franquista, no gozaba en absoluto —y no podía gozar— de aprecio en una Alemania a la que, a su vez, se le había muy reciente —y muy superficialmente— convertido del nazismo a la democracia y que por lo tanto tenía que subrayar su adhesión al nuevo espíritu con el desprecio hacia los países que todavía seguían bajo el mandato de una dictadura.

En tales circunstancias se comprenderá que treinta años después del viaje de Klemperer, tampoco yo estaba entusiasmado cuando, en 1955, el DAAD me concedió una de sus entonces escasísimas becas, no para ir a París, como yo hubiese querido, sino para acudir a Madrid. Yo tampoco sabía español, y ni falta que me hacía. Para pasar el *Staatsexamen*, incluso para el doctorado en románicas, bastaba con demostrar que se tenían “*einfache Lesekenntnisse*” (conocimientos básicos de lectura) en italiano, portugués o español. Así que en los primeros dos meses de mi estancia iba chapurreando el castellano (igual que mis tres compañeros alemanes) como en su día lo había chapurreado Klemperer. En los cursos de la universidad no entendía gran cosa. En el colegio mayor donde estuvimos hospedados, muy confortablemente por cierto, nos encontrábamos como gallinas en corral ajeno, pues nos habían asignado un establecimiento en donde vivían los futuros diplomáticos españoles; chicos, mejor dicho señores y señoritos ya algo mayores, que no se interesaban por nosotros, extranjeros más bien mal vestidos y procedentes, visiblemente, de familias menos pudientes que las suyas. En cambio, tuvimos bastante contacto con la policía, a donde teníamos que ir una vez al mes para dar cuenta de nuestra vida y de las observaciones que habíamos hecho en el entorno estudiantil (cosa que no hicimos). Menos mal que mi agente (siempre tocaba el mismo) no insistía. Así que pronto nos limitamos a compartir nuestra común afición al fútbol y a comentar los resultados del domingo anterior.

Así pues estaban las cosas cuando habían ya transcurrido dos meses. Y al ver que, a lo peor, en los siete meses restantes podrían seguir lo mismo, nos decidimos a pedir ayuda de los que entonces eran lectores de alemán en la Universidad Com-

plutense: Wilhelm Muster (más tarde un prestigioso traductor) y Walter Boehlich (más tarde lector jefe en Suhrkamp). Ambos tenían tan poco trabajo como sus colegas españoles en Alemania, y, en cambio, tiempo para leer y estudiar. Estos dos señores nos mandaron a cuatro chicas, estudiantes de germánicas, interesadas en mejorar su alemán a cambio de que a nosotros nos mejoraran el español. Pues la misma nulidad de conocimientos de la lengua y de la cultura alemana moderna tenían las germanistas españolas que nosotros teníamos de España. Pero mientras que a mis compañeros no les cayó la suerte en esa lotería, a mi me tocó la del máximo acertante. *Mi* chica y yo nos hicimos amigos, luego nos hicimos novios y al fin nos casamos –cosa completamente normal ahora, pero excepcional, casi exótica entonces: una *echte Spanierin* en la muy provinciana ciudad de Heidelberg, tan conservada en almíbar como la Oxford de Javier Marías, llamaba entonces mucho la atención.

En fin, no gracias a la Universidad (ni alemana ni española), sino a esta relación personal comenzó mi verdadera educación hispánica, tanto sentimental como cultural, en la que iba adquiriendo, poco a poco, una segunda identidad, mi identidad española que es tan mía, tan rica y me llega tan hondo como la alemana. Pero todo esto quiere decir también que como hispanista soy un autodidacta, mejor dicho: un tándem-didacta.

Con esto vuelvo a mi tesis del principio e insisto en que el hispanismo institucionalizado y profesionalizado es cosa muy reciente. Varios factores se conjugaron para hacerlo posible. En primer lugar –y aunque a los romanistas verdaderos nos duela– la pérdida de prestigio de la lengua francesa. En segundo lugar, y en contraposición a lo dicho sobre el francés, el enorme auge del castellano en todo el

mundo. En tercer lugar –después del 68– el *boom* de la literatura hispanoamericana en un ambiente universitario altamente politizado y sensibilizado por los problemas sociales originados por el capitalismo internacional. En cuarto lugar, y dos lustros más tarde, la democratización de España y su entrada en la Unión Europea y, al mismo tiempo, un nuevo y mutuo acercamiento entre España y Latinoamérica. En quinto lugar el despegue, por fin, de una activa política cultural por parte del Estado español, que se hizo notar primero en el trabajo de mecenazgo de la Embajada y que culminó, después, en la creación de los Institutos Cervantes de Munich, Bremen y ahora también de Berlín. Todo esto, y también el esfuerzo de las nuevas asociaciones de hispanistas, tanto a nivel de la enseñanza secundaria como al de la universidad, iba generando, poco a poco, ese auge espectacular de los estudios hispánicos que por fin pudieron librarse de las trabas que antes los ataban e hicieron posible la entrada del español como lengua ‘puntuable’ en los institutos y como materia principal en la universidad. Que a este respecto queda todavía mucho que hacer, es indudable, pero no cabe duda de que se ha ido formando, desde hace veinticinco años y poco a poco, un hispanismo ‘profesionalizado’, cuyos resultados comienzan a hacerse respetar también fuera de nuestras fronteras.

Y para retomar el discurso de Gumbrecht: hablar de un florecimiento del hispanismo alemán en los años veinte, es una exageración mitográfica. Con todo el respeto que merecen Vossler o Spitzer: ellos, precisamente, constituyeron una excepción, y su campo de interés quedó –hay que decir naturalmente– limitado al Siglo de Oro. Y el que Vossler se haya empleado para que el español suplante al francés como lengua de enseñanza, no se debió –como, por cierto, apunta el mismo Gum-

brecht en otro lugar– a una ‘conversión hispánica’ del maestro, sino al tratado de Versalles con el que terminó la Primera Guerra Mundial, tratado que fue sentido por muchos alemanes, entre ellos Vossler, como una humillación del orgullo nacional por parte de ‘los franceses’.

Puede decirse, pues, que hasta la propagación del español tuvo entonces todavía un motivo ‘francés’: era la respuesta personal de un amante despreciado y un acto, un tanto ridículo por impotente, de revanchismo alemán contra el revanchismo francés –o sea una reacción claramente nacionalista y nada ‘romanista’ en el buen sentido de la palabra–. En comparación con *esto*, la hispanística de hoy está incomparablemente más ‘internacionalizada’, aunque se pueda desear, desde luego, que lo esté aún más.

II

Estoy lejos de ver de color de rosa la situación de la hispanística en Alemania. Pero tampoco veo ningún motivo para lamentarse. De acuerdo: la mera cifra de los estudiantes no es todavía un seguro de supervivencia y mucho menos una prueba de la calidad de nuestro trabajo. Pero es un hecho nada despreciable y es una oportunidad que debe aprovecharse. Quisiera, en lo que sigue, enumerar algunas de estas buenas perspectivas y proponer también algunas medidas para no desperdiciarlas.

1. Pienso que el mero hecho del resurgimiento tardío de la hispanística alemana trae consigo ciertas ventajas. Pues cuando, por fin, despertó de su letargo, podía presentarse sin el lastre de la tradición que llevaban encima otras disciplinas no ‘interrumpidas’ y buscar, por lo tanto, distintas orientaciones que ellas. No la *Verklärung*, el ensalzamiento, sino la *Aufklärung*, o sea la ilustración, fue la nueva meta. Ni el

cultivo de un canon nacional, como para los románticos españoles, ni la nostalgia de la Edad Media, como para los románticos alemanes, tenían ya un significado primordial para ella. Su interés principal está motivado por la moderna conciencia de *crisis* y, por ello, se fija más que nada en las *rupturas* de la tradición. Lo muestran ya los libros de la temprana ‘nueva’ hispanística como *Los ‘Episodios nacionales’* de Hinterhäuser o *Zorniges Lateinamerika* de Ronald Daus. Y si miramos el programa del congreso de hispanistas de Ratisbona, veremos cómo se ratifica esta orientación que, no por casualidad, ha llevado también a una revalorización de la Ilustración española. Y cuando se habla de la Edad Media y del Siglo de Oro, interesan también los fenómenos de discontinuidad. No se debe olvidar que la propia ‘nueva’ hispanística ha surgido en una situación de cambio tras el 68, y que, por lo tanto, no quiere o no puede olvidarse de su actitud fundamentalmente crítica.

2. La tan discutida relación entre la ‘ciencia literaria’ y los ‘estudios culturales’ no había sido nunca un problema para la ‘identidad’ de la hispanística, siempre y cuando nosotros, filólogos, partimos de un material que sabemos manejar, o sea los textos, tanto literarios como documentales. Además hubo, y precisamente en la romanística, ya desde tiempo atrás, una tendencia hacia los estudios culturales. Erich Auerbach o Erich Köhler se han orientado en esa dirección mucho antes que nosotros. Desde entonces se anda por ese camino con toda naturalidad ya que se puede transitar por él con los más variados vehículos metodológicos, llegando a metas muy distintas, pero que siempre ofrecen perspectivas interesantes: desde la “Diskursrenovatio” de Joachim Küpper hasta los “Vanguardistas de camisa azul” de Mechthild Albert, por no citar más que dos ejemplos al azar. Y las perspectivas

son interesantes sobre todo cuando colocan a la literatura en un contexto cultural que va más allá de lo puramente literario: en el contexto de otras artes; en el de otros saberes; en el de las condiciones sociales y políticas de su origen. Además, sólo si respetamos estos contextos seremos capaces de objetivar nuestros juicios personales y de explicar el sentido y la importancia de la literatura a un público más amplio que el estrecho círculo de los especialistas ‘iniciados’.

3. Por eso es imprescindible que la hispanística haga valer su competencia cultural también, incluso primordialmente, en la enseñanza. Esto será tanto más necesario como es más inminente el destronamiento de la ‘ciencia’ por la ‘didáctica’. Desde luego, esta amenaza no viene de la nada. Es la respuesta lógica a la ‘teorización’ a ultranza de las filologías tradicionales (Germanistik, Anglistik, Romanistik...) y al discurso abstracto y hermético que se ha puesto de moda en ellas. Mario Vargas Llosa constató no hace mucho que la ciencia literaria ha perdido, sobre todo con la jerga del postestructuralismo, el contacto con lo que realmente interesa al resto de los humanos. Y aunque exagere quizá un poco, hay que reconocer que el *didactic turn* de los ministerios de cultura en Alemania no es otra cosa que el intento de volver de la ‘teoría’ a la ‘praxis’ con la ayuda de un profesorado especializado en ‘didáctica’. Pero este intento carece de sentido, porque los únicos que podemos hacer ‘practicable’ nuestro trabajo somos nosotros mismos, explicando nuestras ideas de una manera clara e inteligible. También debemos no intentar convertir a todos los estudiantes en ‘mini-catedráticos’ (esto era durante mucho tiempo el *ethos* de la enseñanza universitaria, que todavía persiste en muchos planes de estudios), cuando la gran mayoría de nuestros estudiantes no quiere otra cosa que adqui-

rir sólidos conocimientos de lengua y cultura y prácticas profesionales aprovechables en un mundo laboral que no se limita al campo de la enseñanza secundaria. Adaptarse a esta legítima demanda no significa echar a pique la cultura de Occidente, ni traicionar nuestra 'identidad' de filólogos.

Al otro lado tampoco es necesario correr tras las últimas modas ni 'especializarse' cada quince días en una nueva pseudo-especialidad. (Además, cada nueva 'especialidad' –por cierto también la didáctica– suele crear, enseguida, su propio lenguaje hermético para demostrar su carácter 'científico'. ¡Adónde hemos llegado, Señor!: la ciencia que, originariamente, se creó para abrir los arcanos de la religión, se esconde ahora, ella misma, cual nuevo culto, tras el tupido velo de un lenguaje iniciático.) Pues bien: no se necesita ser un diplomado en ciencias mediáticas para entender y hacer comprender películas españolas o hispanoamericanas; ni tener un doctorado en historia del arte para poder decir algo inteligente –incluso algo original– sobre Goya; ni ser un fanático 'civilizacionista' para comprender que sería nefasto poner en circulación 'hispanistas' que no conozcan la historia de España o la de Latinoamérica y que no sepan nada de las condiciones geográficas de sus países de elección. (Pues de ello hubo, y no poco, entre los ya mencionados mini-catedráticos...) Y todo esto se puede compaginar muy bien con nuestra competencia fundamental, que tenemos que transmitir por encima de todo: enseñar a *leer* y saber colocar *textos* en *contextos*, para comprenderlos mejor. Esta competencia se necesita en todas partes, y por eso tampoco tenemos que sentirnos rebajados viendo que ahora se nos solicita cada vez más ayuda desde otras especialidades, incluso algunas que no pertenecen a la *Geisteswissenschaft*. Al

contrario, debemos aprovechar la oportunidad para mostrar lo válido de nuestro trabajo.

4. Por la misma razón es importante que los hispanistas salgamos de vez en cuando de la torre de marfil para ponernos a disposición de un público no especializado, cuyo interés por la cultura va, a pesar de todos los malos augurios, *in crescendo*. Si se toma en serio este interés y se le responde con un lenguaje asequible (que es otra cosa que un lenguaje pobre), se va formando una 'clientela' bastante amplia –y fiel por añadidura– que recibe con gusto todos los intentos de convertir una cátedra de hispanística en un pequeño Instituto Cervantes. Esto, por cierto, es también una buena manera de hacernos propaganda, pues convencemos a bastante gente (entre las que se encuentran a veces personas con influencia) de lo interesante e incluso imprescindible que es nuestra disciplina.

5. Y termino con unas observaciones que conciernen a nuestra relación con la romanística (a la que muchos de nosotros, también el que suscribe, pertenecemos por convicción). Aquí hay que distinguir dos lados. Por un lado era necesario que la hispanística se 'emancipara', aunque fuese a costa de algún disgusto. Si no lo hubiese hecho, se habría quedado siempre a la sombra de la galoromanística. Y el que exista ahora alguna asociación nueva al lado de la Asociación de Romanistas tampoco fue una desgracia, sino el lógico reflejo de una diversificación de intereses. Un congreso de romanistas que los reúna a todos en pie de igualdad ya no es practicable, pues se parecería más a una feria de muestras que a un congreso científico. Pero por otro lado tampoco sería aconsejable prescindir de una ventaja que nos ofrece –a los germano hablantes– precisamente la tradición y la gran idea de 'nuestra' romanística transnacional, precisamente

en estos tiempos en que las fronteras nacionales van teniendo cada vez menos importancia. Por eso me parece importante seguir exigiendo de los que quieran conseguir una cátedra que conozcan más de una sola lengua y cultura románica. Por necesaria que sea una enérgica especialización en la nueva hispanística, su atractivo lo mantendrá sólo si no pierde su perspectiva comparatista. Y esto significa también que sería deseable una nueva plataforma administrativa u organizativa para todas las especialidades románicas, bajo la condición, naturalmente, de una justa y proporcionada igualdad. En el trabajo cotidiano de nuestros seminarios y en la defensa de nuestros intereses frente a los organismos gubernamentales seremos tanto más fuertes cuanto más solidarios seamos (dentro de lo que cabe, se entiende...).

Bibliografía

- Gumbrecht, Hans Ulrich (2002): *Vom Leben und Sterben der großen Romanisten: Karl Vossler, Ernst Robert Curtius, Leo Spitzer, Erich Auerbach, Werner Krauss*. München/Wien: Hanser.
- (2003) “Geburt einer Wissenschaft aus verletztem Nationalstolz. Was bleibt von der Hispanistik? Eine Momentaufnahme mit schwindenden Konturen”. En: *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 8-3-2003, p. 36.
- Klemperer, Victor (1995): *Ich will Zeugnis ablegen bis zum letzten* (Diarios 1933-1945). 2 tomos. Berlin: Aufbau-Verlag.
- (1996): *Leben sammeln, nicht fragen wozu und warum* (Diarios 1918-1932). 2 tomos. Berlin: Aufbau-Verlag.
- Kohut, Karl (1992): “Literaturwissenschaft”. En: Nikolaus Werz (ed.): *Handbuch der deutschsprachigen Lateinamerikakunde*. Freiburg i. Br.: Arnold-Bergstraesser-Institut, pp. 389-427.
- Neuschäfer, Hans-Jörg (2000): “Klemperers Spanienreise. Zum Tagebuch von 1926”. En: Christian Rodiek (ed.): *Dresden und*

Spanien: Akten des interdisziplinären Kolloquiums, Dresden 22. - 23. Juni 1998. Frankfurt/M.: Vervuert, pp. 147-157.

- (2003): “Literaturwissenschaft in der Sackgasse. Plädoyer für eine kulturwissenschaftlich orientierte Philologie”. En: Frank Estelmann / Pierre Krügel / Olaf Müller (eds.): *Traditionen der Entgrenzung. Beiträge zur romanistischen Wissenschaftsgeschichte*. Frankfurt/M.: Lang, pp. 231-244.
- Tietz, Manfred (1989): “Zur Lage der Hochschulhispanistik in der Bundesrepublik Deutschland”. En: *travía* 14, pp. 42-46.
- Vargas Llosa, Mario (1998): “La bruja que pasa llorando”. En: *Caretas* 1528, pp. 39-40.

Hans-Jörg Neuschäfer es catedrático emérito de la Universidad del Sarre. Cuenta con numerosas publicaciones sobre literatura francesa, española e italiana. Libros recientes: Adiós a la España eterna. La dialéctica de la censura (1994); La ética del Quijote (1999); Spanische Literaturgeschichte (2ª ed. 2001); (con J. M. López de Abiada) Entre el ocio y el negocio. Industria editorial y literatura (2001).

Ineke Phaf-Rheinberger

Universos múltiples dentro de una tradición cubana única: entrevista a Nancy Morejón

Nancy Morejón es poetisa, ensayista, periodista, crítica teatral, traductora e investigadora de literatura. Obtuvo una licenciatura en Lenguas y Literaturas Francesas en la Universidad de La Habana con una tesis de grado sobre Aimé Césaire. Sus poemas han sido traducidos a muchos idiomas; ganó el Premio de la Crítica 2001 y el Premio Nacional de Literatura 2001. Actualmente dirige el Centro